

La Novela
Cinematográfica

Un juego peligroso



Segunda Época
Número 12

15 cents.

FITZGERALD, Dallas



Un juego peligroso
(PLAYING WITH FIRE, 1921)

La Novela Cinematográfica

: TORRES, 25 (G.) — BARCELONA :

SEGUNDA EPOCA

— NUMERO 12

Un juego peligroso

Interpretada por

CLADYS WALTON

Huyendo, no del mundanal ruido, sino de las bártardas pasiones humanas, se retiró en medio de un bosque, sin contacto alguno con el mundo civilizado, donde hacia una vida aislada, ajeno por completo a las costumbres de nuestros días, sin otro consuelo que el amor de su hijita, único amor de su vida.

Una enfermedad grave y cruel desgarró el viejo tronco, y aquel hombre sano y robusto, que supo resistir todos los embates de la vida, zozobró ante un enemigo fantástico e invisible: los microbios.

Cuando se sintió morir, se dió cuenta de la soledad en que iba a quedar su hijita, que guardaba amparo en el mundo.

Anita Peebles estaba encantada de su vida rural y salvaje. No tenía otro cariño, que el de su padre y el de su perro, únicos seres con los que tenía contacto.

El viejo Peebles al morir elevó a Dios su ferviente ruego:

—«Dios misericordioso, cuando vaya hacia Ti, en respuesta a Tu llamada, ten piedad y guarda a la paquena huérfana que voy a dejar.»

Su hija vagaba por el bosque agena a la cruel desgracia que le preparaba el destino. Dominada por ideas infantiles de la magia y de los cuentos de hadas, estaba sentada en un grueso tronco de un árbol aserrado, haciendo mentalmente un llamamiento a sus hadas protectoras, con las cuales entabló un diálogo, en el que ella hacia las preguntas en alto, y los seres misteriosos de las leyendas infantiles le contestaban al oído con una voz tan queda, que sólo por ella era perceptible.

—¿Cómo estáis, mis buenas amigas?—les preguntó.
—Bien, ¡y tú, niña hermosa?
—Estáis tristes hoy. Quisiera saber si os pasa algo.
—A nosotras no,
—¿No tenéis nada que contarme?... Algun cuento de aquéllos...
—Nada, niña.
—Pues me voy—dijo levantándose.
—Adiós.
—Hasta mañana.

—¡Quién sabe!

—Seguro. Ya sabéis que cada día os visito.

—¡Pobre niña!

Sóis tan buenas para mí. Siempre me anunciarís buenas noticias. Cada vez que me decís que mi padre me hará un regalo, se lo cuento a él y siempre me lo hace.

Poco pensaba la pobre niña la dolorosa sorpresa que tendría al llegar a su casa.

Cuando llovó a su único protector y no recibió contestación se figuró que tal vez dormía, pero al irlo a besar encontró su frente fría. Un sudor glacial y de misterio escalofrió sus carnes. Zandareó el cuerpo de su padre y ante la innegable desgracia que le azotaba la pobre criatura se entregó al dolor descarnado y cruento que destroza los corazones.

Junto a ella, participaba de su dolor, el único ser que le adoraba en el mundo, su único compañero; Brutus, el perro fiel y cariñoso que compartía con su amita la pena de las horas negras.

Anita desesperada no sabía qué hacer. Besaba una y mil veces el cadáver de su padre. Unos trabajado-

res que cortaban madera en uno de los bosques próximos, por humanidad y por lástima a la huferanita, se cuidaron de dar sepultura al cadáver y de escribir a unos tíos de Anita.

Cuando el tío Stillgen y su mujer, la tía Constance llegaron a la cabaña que servía de refugio a su sobrina, no prodigaron a la huferanita ningún cuidado.

Los tíos de Anita desde el primer momento la trataron sin ninguna consideración.

La tía Constance era una mujer fría, calculadora, egoísta y muy mandona. Por su afán de dominar logró hacerse la dueña absoluta de su casa disponiendo de su marido como de un chiquillo.

Hecho el inventario y convencidos de que su hermano había dejado un capital insignificante pensaron en seguida en explotar a Anita como criada.

Brutus, el perro fiel e inseparable de Anita no veía con buenos ojos a aquellos extraños que invadían la casa groseramente. Para que no les molestara la tía Constance loató en la cama. El perro protestó de la forma descortés que era tratado.

Anita rogó:

—Sueltales tía,

—No quiero.

—¿Por qué?

Porque no me dá la gana. Además, entiéndalo bien, no te tolero que me contestes mal, ni me pregunes nada.

—Bueno, pero déjame jugar con el perro.

—Con los animales no se juega. Tu obligación es

trabajar para ganarte la vida. Tu padre te ha mimado mucho, pero no te ha dejado un cuarto.

—¡Tía por Dios! —exclamó Anita llorando.

—No falta más que des murga. Renuncia a juegos y a muñecas y preocúpate de trabajar mucho, para compensar en algo, el sacrificio que haremos de mantenerte.

—Bien tía, pero dame el perro.

Brutus tuvo en aquellos momentos la mala ocurrencia de ladrar y la señora Constance que tenía un genio endemoniado, recordando que si dominaba por completo a su marido, era debido a sus resoluciones energicas ordenó:

—¡Stillsen coge el perro y mátalo!

—¡Tía, por favor!

—¡Qué, estás sordo! ¡Pégale dos tiros!

—Voy en seguida, mujer.

El pobre hombre acobardado obedeció ciegamente el mandato. Cogió a Brutus y se lo llevó a la orilla del río, y allí le disparó dos tiros, a quemar ropa, matando al pobre perro.

Anita al oír los tiros salió corriendo de la casa dirigiéndose al sitio de donde habían partido.

La infeliz niña al ver a su único amigo muerto, lloró con desespero, con rabia, y dejándose llevar de su desesperación quiso pegar a su tío, que la sujetó brutalmente, diciendo con ironía:

—Ya vés cómo las gasto. Este maldito perro ya no nos molestará más, y tú podrás dedicarte a trabajar, sin perder el tiempo en tonterías.

Su tío la dejó allí para que pudiera llorar a su antojo. Anita sola, sin apoyo de nadie comprendió el

porvenir que la esperaba al lado de una arpia y de un hombre que habia dejado de serlo para convertirse en un muñeco de su mujer.

Durante el camino no cambió ni una sola palabra con sus tíos. Al llegar a su casa de Kingstown, la tía Constance, le dijo:

—Esta es nuestra casa. Entra.

La austeridad y la severidad que en el viejo caserón se respiraba le produjo pésimo efecto.

Anita se disponía a sentarse, cuando su tía le gritó:

—Trae los

—Ya iré!

—¡Gandula! D

—No quiero.

—iMe

—S1.

Su tr

Su tía fué a buscar un látigo y empezó a azotarla despiadadamente,

—Ahora menos. No quiero recogerlos.

Ante la rebeldía de su sobrina, la señora Constan-
ce se desesperó y empezó a pegarle brutalmente.
Anita alocada, empezó a romper los vasos que había
encima del bufete y siguió con las tazas de café.

Los golpes de la tía eran cada vez más fuertes. Anita desesperada cogió un rico centro de cristal, y amenazó a su tía.

—Si me pegas más, verás lo que hago.

—Deja esto—rogó la tía.

—Lo dejaré sino me pegas más.

—Bueno, no te pegaré, pero déjalo.

Anita dejó el centro, pero su tía la encerró en un cuarto, diciéndole:

—Ya te amansaré. Yo no soy el bobo de tu padre. Estarás en este cuarto, sin comer ni beber, hasta que pidas perdón de rodillas.

Al quedar sola en la habitación, Anita pensó:

—He de escaparme. No quiero vivir con estos montruos. Las hadas me ayudarán.

A media noche, aprovechando el amparo de las sombras y del descanso, Anita llevó a cabo sus proyectos de fuga. Toda la noche la pasó andando para apartarse, lo más posible, de aquella casa que tan mal la habían tratado. Al amanecer llegó a una estación de tránsito, y subió aprovechando que se ponía en marcha un tren de carga.

Un guardafreno, llamado Bill, la vió subir y fué a interrogarla:

—¿Dónde vas?

—No sé.

—¿Por qué te has escapado de tu casa?

—No tengo casa.
—¿Cómo se llama tu padre?
—Murió hace poco tiempo.
—¿Tienes madre?
—Casi no la conocí. Murió cuando yo era muy niña.
—¡Pobre niña! Eres fuerfanita.
—Sí, señor.
—¿Y dónde estabas últimamente?
—En casa de mis tíos que me pegaban bárbaramente, sin ningún motivo, porque no tengo dinero.
—¡Pobre criatura! Explícame todas tus desgracias y procuraré ayudarte.

Anita le contó toda su historia, desde la muerte de su padre, hasta el momento en que decidió fuggarse de casa de sus tíos.

—Has hecho bien. Tus tíos son unos malvados.
—No lo sabe usted bien.
—¿Y cómo te llamas?
—Anita Peebles.

El bueno de Bill se apiadó de la niña y le propuso:

—¿Quieres seguirme?
—Sí, señor.
—Tendrás que entrar en la banda de los diez. ¿Te gustaría?
—Bueno, pero, ¿qué es una banda?
—No me entenderías. Es una cosa terriblemente mala.
—Pero siendo usted bueno, le sigo, pero con una condición.
—¿Cuál?

en edad por la mentalidad y el tono de la



No has de pensar en jugar. Trabaja para compensarnos el sacrificio que hacemos de mantenerte.

— Que no me lleve a Kingtown, ni me hable de mis tíos.

— Conformes.

Media hora después Bill y Anita se apeaban del tren. Seguidamente el guardafreno y su amiguita se dirigieron a su casa.

— Mira — le dijo el guardafreno —. No me comprometas nunca. Te presentaré a la famosa banda de los Diez, pero no me comprometas nunca.

— Se lo prometo.

— Muy bien. Contando con tu promesa llamo.

Anita se figuró que vería cosas extraordinarias y maravillosas.

Abrió la puerta una mujer relativamente joven, seguida de siete pequeñuelos que alborotados y alegres iban a saludar a su padre, el famoso capitán de la banda de los Diez.

Al ver a Anita los niños quedaron algo sorprendidos. Antes de que nadie le hiciera ninguna pregunta, Bill les contó cómo había encontrado a la niña y terminó diciendo alegremente:

— ¡Es una «bandolera» más de la banda, ahora seremos once.

Los niños recibieron bien a la forastera, y en su obsequio organizaron varios juegos. Como final de fiesta consiguieron que el papá Bill bailara, haciendo las delicias de la gente menuda.

Antes de irse a dormir, la esposa del frenero preguntó a su marido:

— ¿Y ahora qué harás con esta niña?

— Dar parte a sus tíos de que está aquí. Si como

me figuro es un estorbo para ellos, nos la quedaremos aquí.

Anita no pudo contenerse y exclamó:

— Pero tendré que volver con mis tíos?

— Si ellos te reclaman...

— Yo no quiero ir.

— Todo se arreglará, no te preocunes.

La gente menuda se fué a dormir. Anita, antes de irse a dormir, se despidió de todos, pero al que sonrió con más agrado fué a Jonn, al que cariñosamente le dió las buenas noches.

John le contestó con gran amabilidad.

La niña no pudo conciliar el sueño. Una duda terrible le inquietaba: la posibilidad de volver a casa de sus tíos. Ante el temor de verse de nuevo frente a su tía Constance, tomó una determinación radical. Se fugó de casa de sus bienhechores, aprovechando que todos dormían y pasó la noche por las calles de los arrabales de la ciudad.

En una hermosa torre de su propiedad vivían Pete Sebastián y su hermana Stella. Después de tra-

jar intensamente durante veinte años en una granja, encontraron petróleo y la vendieron por un millón de pesetas. Con el dinero que obtuvieron de la venta se retiraron de los negocios, viviendo cómodamente y en completa armonía.

La paz octaviana que reinaba por aquel entonces, sólo se rompía de vez en cuando al discutir sobre música. Los dos hermanos tenían gustos diametralmente opuestos. Pete era aficionado a la música chillona y ponía en el fonógrafo discos del género que a él le agradaba, su hermana era aficionada a la música melancólica.

Pete puso un placa de las suyas.

Anita se paró frente de la casa para oír la pieza y vió un hombre sentado y una bocina muy grande que cantaba. Figurándose que era una cosa de las hadas entró.

Pete, preguntó:

—¿Quién hay?

—Yo.

—¿Quéquieres, niña?

—Quedarme aquí.

—¡Caramba!

—¡No me quiere?

—¿Por qué has venido?

—No sé. Pasaba por aquí y esta música me ha gustado mucho.

Pete simpatizó con la niña y llamó a su hermana Stella.

—A esta joven le gusta «mi música». ¿Qué te parece?

—¿Quién es?

—No sé.

—¿Qué quiere?

—Lo ignoro.

Entonces Stella le preguntó:

—¿Qué buscas, niña?

Anita contó a aquella buena señora toda su historia sin omitir nada.

En aquel momento una señora preguntó por Pete y éste salió.

La visita era una señora espiritista que quería comunicarle que los espíritus le habían anunciado que Pete encontraría aquel mismo día la mujer que había de ser su media naranja.

—¿Es una niña?...

—No. Los espíritus me han comunicado que es una hermosa joven de veinte años.

—Desearía conocerla.

—Pues venga esta noche a casa.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—No faltaré. Espéreme. Haré los posibles para ser puntual.

—Pues hasta luego.

La señora espiritista se despidió muy satisfecha.



—Si me pegas más rompo este centro.

La familia de Bill sintió muy vivamente la desesperación de Anita. No se allegaban a explicar qué motivos podía tener para escaparse de una casa que tan amablemente la habían tratado.

Los niños estaban desconsolados. Anita había logrado despertar una honda simpatía en la gente menuda. El que más intranquilo estaba era John.

El frenero pensó que tal vez, la niña se había fugado por miedo a que la reintegraran al hogar de sus tíos. Entonces John recomendó a su padre:

—¿Por qué no vas a ver a sus tíos o no les escribes pidiéndoles autorización para dejarla quedar en casa. Si sus tíos están conformes podemos buscarla. Yo creo que no puede estar lejos, y si la encontramos, al saber que se queda definitivamente en casa no se escapará más.

—John tiene razón—dijo la madre.

Pues enviaré un recado por un empleado de la compañía a sus tíos, y, además les escribiré una carta.

Efectivamente el frenero escribió a los tíos de Anita una larga carta muy comedida, diciéndoles que la niña estaba en su poder, y que su temperamento ingenioso y sincero le encantaba, a tal extremo, que le rogaba que se la dejara adoptar.

La señora Constance, cuando leyó la carta, dijo a su marido:

—Este buen hombre debe ser un imbécil. Escríbelle, diciéndole, que ya se la puede quedar, pero que tenga cuidado, porque es un verdadero demonio.

Cuando Bill recibió la carta de los tíos de Anita, autorizándole, para que la adoptara, desplazó a toda la famosa banda de los Diez, para que la buscara. Poco tardaron en averiguar que estaba en casa de Pete.

Cuando Anita estuvo enterada de que no tenía que volver en casa de sus tíos se tranquilizó, aceptando desde luego ir a casa del frenero.

Pete, que había simpatizado con Anita quiso retenerla.

—Pero, señor—repuso la mujer de Bill—, si nosotros estamos dispuestos a adoptarla, y considerarla como una hija más.

—Muy bien; pero yo también la adoptaría. Quiero protegerla contra la adversidad.

—Todo puede arreglarse—añadió Bill—. Nosotros tenemos muchos hijos pero no tenemos dinero, en cambio ustedes tienen mucho dinero pero no tienen

hijos. Solución: Quédense con Anita, adóptenla, pero déjenla venir alguna vez a casa.

—Aceptado. Es usted un buen hombre, y acaba de darme una gran satisfacción, al dejar que Anita se quede en casa.

—Nosotros sólo le exigiremos una cosa.

—¿Diga usted?

—Que la trate bien.

—Puede estar descansado.

—Mejor, pero sin que dudemos de su palabra me atrevo a decirle que mi mujer investigará...

—Muy bien que investigue lo que quiera.

Puestos de acuerdo Pete y Bill, éste preguntó a Anita:

—¿Te gusta quedarte en esta casa?

—Sí, señor.

Los chicos de Bill al saber que perdían a su amiguita tuvieron un desengaño.

Para consolarlos, Pete les invitó para que los domingos la terrible banda de los Diez fuera a almorzar a su casa.

Los chicos de Bill al saber que perdían a su amiguita tuvieron un desengaño.

Los chicos de Bill al saber que perdían a su amiguita tuvieron un desengaño.

Los chicos de Bill al saber que perdían a su amiguita tuvieron un desengaño.

Los chicos de Bill al saber que perdían a su amiguita tuvieron un desengaño.

Pete, Anita y John Bill fueron a casa de una espiritista, donde se hicieron varios experimentos.

Empezó la sesión:

—Dios mío que desgraciada soy!



—Dios mío que desgraciada soy!

—Señores—dijo la mujer de la casa—, sírvanse fijarse que todas las puertas están cerradas y selladas. El gabinete completamente vacío... ¿Alguno de ustedes quiere examinar el cordel?

—Yo—exclamó Anita.

—Cállate—refunfuñó Pete.

Anita sin esperar la autorización lo examinó con atención.

El «medium» dijo:

—El espíritu del señor Hall quiere hablar con su mujer.

El espíritu se mostró comunicativo y financiero. Habló así:

—Compra acciones de la Compañía Mercantil de Petroleo.

—¡Hé de emplear todo el capital que me dejaste?

—Todo, en dichas acciones y te harás rica en poco tiempo. Han de subir mucho.

—Desea alguien más, comunicarse con algún espíritu—preguntó el medium».

—Yo—contestó Anita.

—¿Con quién quieres hablar?

—Con Brutus.

—¿Quién era Brutus?

—Mi perro.

El «medium» se indignó ante la osadía de la niña y la obligó a salir al recibidor.

Anita esperando descubrió un espíritu vestido de rata de hotel, que había salido del gabinete en que operaban los fantasmas. La niña gritó y se armó la de San Quintín. Todo el prestigio de los espiritistas se desvaneció en un segundo.

Momentos después llegó la policía que identificó a los espiritistas que resultaron ser una cuadrilla de apaches de cuidado.

El espíritu del señor Hall quería hablar con su mujer. El señor Pete, aprovechando un momento en que todos estaban distraídos preguntó a su amiga:

Peter y su hermana eran felices con la compañía y el cariño de su amiguita. Decididos a hacerla una mujer de provecho decidieron llevarla a un colegio.

Peter comunicó su proyecto a Bill. Este, encantado, le felicitó, diciéndole:

—Feliz usted que puede pagarle los estudios. Yo en cambio...

—Tú ya sé lo que quieras y voy a darte una sorpresa. ¡Te gustaría que tu hijo fuera ingeniero?

—¡Ya lo creo!

Si quieras que estudie, le pago la carrera.

—Señor Pete, no sé cómo pagarle su generosidad, pero...

—Le quedo muy reconocido señor Pete—dijo John. Se convino que en breve partiría también John. El señor Pete, aprovechando un momento en que todos estaban distraídos preguntó a su amiga:

—Oye Anita, ¿cuando seas mayor, quierés ser mi mujer?

—No me atrevo a contestarle.

—Contesta con sinceridad.

—Pues he de decirle que sí.

Momentos después el futuro ingeniero se despedía. Anita se quedó hablando con él, en la puerta.

—Estoy triste Anita—le dijo.

—¿Por qué?

—Figúrate. Te vas...

—Sí, pero si yo me quedaba también te irías.

—Es verdad.

Los dos callaron.

—¿Quieres darme un beso de despedida, Anita?

—Ya somos mayores... No me atrevo.

—Dámelo... porque yo...

Iba a hablar pero no se atrevió.

Anita le dió la solución.

—Yo no quiero besarte, pero bésame tú.

John, con emoción y cariño depositó en su frente un beso puro, casto...

*** Han pasado unos años. Anita es una señorita educada y elegantísima. Pete se desvive para hacerla feliz.

Un día le recordó la pregunta que le había hecho antes de partir.

Anita se ruborizó.

—He comprado—siguió Pete—una hermosa torre para nosotros dos: será nuestro nido de amor.

—Lo que usted quiera.

—Pero no te gustará ser mi mujer?

Si usted lo desea, sí. Aquel mismo día llegó John con la carrera acabada. Anita lo recibió con gran entusiasmo.

Después de comer John y Anita salieron al jardín. Pete receloso les siguió y se apostó detrás de un árbol para oírlos.

—Anita, estás hermosa—dijo el joven ingeniero.

—¿Te gusto?—preguntó ella con coquetería.

—Una infinidad.

—No seas adulador.

—Te juro que hablo seria mente. Me gustas más que nadie y te amo más...
—¡Calla!—le ordenó Anita.

—¿Por qué?

—Sé lo que quieres decirme, pero no puede ser. Estoy comprometida.

—¿Con quién?

—Con el señor Pete.

—No puede ser. No me tortures.

—Hace tiempo que estoy comprometida con él.

—¿Es posible?

—Yo le respeto tanto, y estoy tan agradecida de sus favores que no puedo menos de aceptar lo que él quiera.

—Es verdad. Es tan bueno para nosotros que no podemos ser ingratos. Adiós Anita.

—Adiós, John.

La separación fué dolorosa.

Pete oyó toda la conversación y dolorido por el desengaño que acababa de sufrir no acertaba a resolver. Su conciencia le trazó el camino.

Aquella noche celebraban una fiesta. Cuando mayor era la fiesta, Pete solicitó a los invitados que le prestaran atención, y anunció:

—Señoras y caballeros: tengo el honor de comunicarles que en breve la señorita Anita contraerá matrimonio.

Los dos jóvenes palidecieron.

—¿Quién es el afortunado mortal que se va a casar con tan linda muñequita?

—¡Quién va a ser! El único hombre que la ha amado siempre.

John bajó los ojos para llorar.

—Pues sí, esta picaruela se casa. Ya tiene la casa hecha. La he construido especialmente para ella. Yo soy el padrino y os prometo que la fiesta será espléndida.

Anita y John se miraron sorprendidos.

—Pero...?—repuso Anita.

—Ven acá pícara—dijo broméando él—. Y tú también John.

Cuando los dos estuvieron a su lado, quiso acabar su obra.

—Ya os podéis abrazar, y ójala que seáis felices. Os amáis, el porvenir es vuestro.

Anita y John adivinaron el sacrificio de su protector y agradecidos le abrazaron llorosos.

Todos los reunidos felicitaron a la feliz pareja.

El señor Pete con el corazón dolorido, les felicitó también. La felicidad de los otros fué su mayor dolor.

FIN

N I Ñ O S

Vamos a publicar

Los Tres Mosqueteros

y

Veinte años después

en cuadernos de
10 céntimos, con
ilustraciones cine-
matográficas

Visite sus despachos
en callejones de
la capital con
intervenciones de
históricas.

Los Tres Mosqueteros

Asunción & Dufour

FORUM

Consultorio Jurídico

DEL

Dr. Ricardo Esmandia Bayer

Especialidad en asuntos de quintas

Ronda Universidad, 11, pta. Barcelona

